

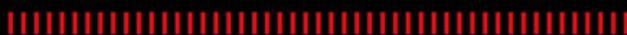
JIM THOMPSON

1280 almas

El asesino dentro de mí

Los timadores

La huida



RBA

Título original en inglés: Pop. 1280.

© Jim Thompson, 1964.

© de la traducción: Antonio Prometeo Moya, 2010.

Título original en inglés: The Killer Inside Me.

© Jim Thompson, 1952.

© de la traducción: Galvarino Plaza, 1975.

Título original en inglés: The Grifters.

© Jim Thompson, 1963.

© de la traducción: M.^a Antonia Fernández Álvarez-Nava, 2013.

Título original en inglés: The Getaway.

© Jim Thompson, 1959.

© de la traducción: María Antonia Oliver, 2011.

Publicados los cuatro títulos por acuerdo con el autor, c/o Baror International, Inc., Armonk, New York, U.S.A.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO357

ISBN: 9788491871774

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

Nota editorial

1280 almas

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

El asesino dentro de mí

1

2

3

4

5

6

7

- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26

Los timadores

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18

19
20
21
22
23
24

La huida

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14

Ómnibus en RBA

Jim Thompson

NOTA EDITORIAL

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se había convertido de repente en una superpotencia. Era un país que había luchado por dejar atrás una enorme crisis económica que se había alargado durante diez años y que intentaba cerrar las brechas abiertas por el conflicto bélico. Los estadounidenses, pues, encaraban con optimismo la feliz década de 1950 en la que la prosperidad les conferiría un ligero aire de despreocupación y, hasta cierto punto, de ingenuidad. La primera gran grieta de ese aparente estado de inocencia en un contexto nacional no se abriría hasta el asesinato de Kennedy en 1963.

Para los americanos, al menos en la visión que querían transmitir al mundo, el mal anidaba más allá de sus fronteras y dentro, el *american way of life* se imponía. El país generaba riqueza y el *baby boom* dejaba estampas felices de familias sonrientes que vivían en casas con jardín y se reunían ante el televisor para ver *I Love Lucy* o *El Llanero Solitario*. Pero todo eso solo era la fachada exterior. El Sueño Americano también tenía una cara oculta, porque Estados Unidos seguía siendo un lugar perturbador, egoísta, violento y racista. Ese país que contradecía la versión oficial asomaba en muchos rincones, pero uno de los más evidentes eran los quioscos, en los cuales se vendían periódicos sensacionalistas y abundaban cada vez

más las novelas negras que se publicaban directamente en ediciones baratas. Allí era donde reinaban nombres como David Goodis, John D. MacDonald, Lionel White o, sobre todo, Jim Thompson.

Thompson fue un novelista tardío. Con cuarenta y cinco años apenas había publicado tres novelas menores, aunque hacía tiempo que se dedicaba a escribir, sobre todo relatos, aunque también crónicas periodísticas truculentas. Su rumbo profesional definitivamente cambió a partir de 1952, cuando asumió el rol de escritor profesional, dejando atrás un reguero de oficios variopintos. Y lo hizo marcando un ritmo diabólico. En apenas trece años (hasta 1964), publicó diecisiete novelas con las que consiguió perforar las conciencias americanas de sus lectores como un martillo neumático y, de paso, se erigió en heredero de los clásicos del *hardboiled*, así como en uno de los escritores más salvajes y subversivos de la literatura moderna.

Esa etapa tan intensa y determinante para la evolución de la novela negra es la que RBA quiere reivindicar con este volumen, que recoge las cuatro obras más importantes alumbradas por Thompson en esos años —*1280 almas*, *El asesino dentro de mí*, *Los timadores* y *La huida*—, que dan la justa medida de los temas y las obsesiones que pueblan su universo literario.

Abren esta compilación las dos obras magnas de Thompson, las dos novelas que deberían figurar en cualquier canon del género que se precie. Existen muchas semejanzas entre *1280 almas* y *El asesino dentro de mí*.

Narradas en primera persona, ambas están protagonizadas por sendos sheriffs de una localidad pequeña para quienes la ley exterior ha dejado de regir sus vidas y, por debajo de la pátina social de estúpida amabilidad que lucen ambos, emerge un demonio interior sediento de sangre. Sin embargo, los caracteres y las motivaciones de Nick Corey (*1280 almas*) y Lou Ford (*El asesino dentro de mí*) son distintos, lo que desemboca en personajes y novelas diferentes. Mientras que Corey es un personaje mucho más maquiavélico y sarcástico, obsesionado por mantener su puesto tras unas elecciones, Ford es un sádico que vive sometido por lo que él llama «la enfermedad», que lucha por mantener oculta.

La siguiente novela de esta selección, *Los timadores*, es la más sexualizada de las cuatro. El sexo es un tema recurrente en la producción de Thompson, pero no suele tener un marcado carácter sensual, sino que más bien aúna placer y sufrimiento. Buena muestra de ello es el tortuoso triángulo que en esta obra se establece entre Roy Dillon, su joven madre y su pareja, que da la medida de los infiernos que el autor podía crear con increíble facilidad. Además, con el mundo de los timos como trasfondo (que Thompson conoció de primera mano en su juventud), la novela es un perfecto ejemplo de lo traicionera que es su prosa y las múltiples trampas que tiende a sus lectores sin apiadarse de ellos en ningún momento.

Cierra el volumen *La huida*, una personal y maliciosa obra maestra thompsoniana que comienza como una

trepidante novela de atracos y acaba siendo una carga de profundidad destinada a hundir los estándares narrativos del género. La parte final de la odisea de la pareja protagonista, preñada de simbolismos, puede considerarse sin duda uno de los momentos culminantes de su producción literaria. Tan revolucionario es el desenlace de Thompson que cuando lo presentó a sus editores, estos se mostraron asustados y quisieron cambiarlo, pero el autor se mostró inflexible. No es de extrañar que la famosa versión cinematográfica de la novela (dirigida por otro estilista de la violencia como Sam Peckinpah) se alejara mucho de ese final para el que el gran público no estaba preparado. Sin embargo, el tiempo ha confirmado que Jim Thompson tenía razón al atreverse a ir más lejos que nadie. Afortunadamente para sus lectores.

1280 almas

1

Verá, señor, el caso es que tendría que haberme sentido satisfecho, tan satisfecho como un hombre pueda sentirse. Porque allí estaba yo, el sheriff de Potts County, ganando casi dos mil dólares al año, sin contar los extras que me iba sacando. Por si fuera poco, tenía una vivienda gratis en el segundo piso del Palacio de Justicia, el sitio más bonito que se pueda imaginar; hasta había cuarto de baño, de manera que no tenía que bañarme en un barreño o ir a un lugar público, como hacían casi todos los del pueblo. En lo que a mí respecta, podría afirmarse que aquello era el reino de los cielos. Para mí lo era, y parecía que podía seguir siéndolo —mientras fuera sheriff de Potts County— siempre que me ocupara exclusivamente de mis propios asuntos y solo detuviera a alguien cuando no tuviese más remedio, y eso siempre que se tratara de un don nadie.

Sin embargo, no estaba tranquilo. Tenía tantos problemas que la preocupación me tenía enfermo.

Me sentaba a la mesa para comer una media docena de chuletas de cerdo, unos cuantos huevos fritos y un plato de bollos calientes con menudillos y salsa; pues bien, no podía acabármelo todo. No me lo terminaba. Empezaba a dar vueltas a los asuntos que me preocupaban y cuando me daba cuenta me había levantado sin rebañar el plato.

Con el sueño me ocurría lo mismo. Puede decirse que no

pegaba ojo. Me metía en la cama pensando que aquella noche tenía que descansar, pero qué va. Pasaban veinte o treinta minutos antes de que me durmiera. Y luego, después de solo ocho o nueve horas, me desvelaba y ya no podía volverme a dormir, cascado y hecho polvo como estaba.

Pues bien, señor, el caso es que estaba despierto, igual que la noche que he puesto como ejemplo, moviéndome en la cama y dándole vueltas a la cabeza, hasta que no pude soportarlo más. Así que me dije: «Nick, Nick Corey, las preocupaciones acabarán desquiciándote, así que será mejor que pienses algo y pronto. Tienes que tomar una decisión, Nick Corey, porque, si no, lamentarás no haberlo hecho».

Así que me puse a pensar y pensar, y luego pensé un poco más.

Llegué a la conclusión de que no sabía qué coño hacer.

2

Me levanté por la mañana, me afeité y me di un baño, aunque era lunes y ya me había aseado a conciencia el sábado anterior. Después, me puse la ropa de los domingos: el Stetson nuevo de sesenta dólares, las botas Justin de setenta y cinco dólares y los Levi's de cuatro dólares. Me planté delante del espejo y me observé minuciosamente por todas partes para asegurarme de que no parecía un paleta de pueblo. Quería visitar a un amigo. Iba a ver a Ken Lacey para hablarle de mis problemas, y siempre que iba a ver a Ken Lacey me gustaba ir presentable.

Camino de la escalera pasé por delante del dormitorio de Myra; había dejado la puerta abierta para que corriera el aire. Sin que se percatara de mi presencia, me detuve y eché un vistazo. Entré y me la quedé mirando un ratito. Me acerqué de puntillas a la cama y me quedé a su lado para observarla bien, relamiéndome y sintiendo un estremecimiento.

Tengo que confesaros algo, y hablo en serio. Hay una cosa que no me ha faltado nunca. Apenas había salido del cascarón —un crío con su primer pantalón largo— cuando las chavalas empezaron a insinuármeme. Cuanto mayor me hacía, más hembras se me acercaban. A veces me decía: «Nick, Nick Corey, tendrás que hacer algo con las tías. Lo

mejor será que lleves un látigo y que te las quites de encima a hostias, porque, si no, van a acabar contigo».

El caso es que no lo hice nunca porque no soporto que le peguen a una mujer. En cuanto una lloriquea un poco, me desarma.

Para volver con lo que estábamos, como decía, nunca me han faltado mujeres; todas han sido de lo más generosas conmigo. Precisamente por eso es más extraño cómo miraba a Myra, mi mujer. Relamiéndome y sintiendo cierto cosquilleo. Myra era un poco mayor que yo y, se la mirara por donde se la mirase, parecía tan soez como era en realidad. Creedme, Myra era una mujer terriblemente ordinaria. Pero el problema soy yo, que soy un tipo de ideas fijas. Me pongo a darle vueltas a algo y ya no puedo pensar en nada más. La verdad es que no andaba falto, pero ya sabéis cómo son estas cosas. Quiero decir que es igual que comer palomitas de maíz: cuantas más tienes, más quieres. Era verano y no llevaba camisón; además, las sábanas estaban revueltas y no la tapaban del todo. Estaba más bien boca abajo, de manera que no podía verle la cara, lo que la favorecía mucho.

Allí estaba yo, mirándola, poniéndome cachondo y excitándome, hasta que ya no pude aguantar más y empecé a desabrocharme la camisa.

«A fin de cuentas —me dije—, a fin de cuentas, Nick Corey, es tu mujer, así que tienes derecho».

Supongo que imagináis lo que pasó, aunque creo que no lo sabéis porque no conocéis a Myra. Os aseguro que sois

afortunados. A lo que íbamos: se dio la vuelta de repente y abrió los ojos.

—¿Qué haces? —me preguntó.

Le expliqué que iba al condado donde Ken Lacey era sheriff, que probablemente estaría fuera hasta bien entrada la noche y que, como lo más seguro era que nos echáramos de menos, quizá deberíamos estar juntos antes.

—¡Ya! —exclamó, casi escupiéndome la interjección—. ¿Pensabas que iba a dejarme, aunque tuviera ganas?

—Bueno —dije—, pensaba que a lo mejor sí. Vamos, lo esperaba. Además, ¿por qué no?

—Porque apenas puedo aguantar tu presencia. ¡Ahí tienes el motivo! ¡Porque eres un idiota!

—Bueno —contesté—, no estoy seguro de que tengas razón, Myra. O sea, no digo que te equivoques, sino que no estoy de acuerdo contigo. Vamos, que no tienes que insultarme, aunque sea un idiota. El mundo está lleno de idiotas.

—Es que tú no solo eres idiota: ni siquiera tienes voluntad. Eres lo más insignificante que he visto en mi vida.

—Oye, tú —dije—, si piensas eso, ¿por qué te casaste conmigo?

—¡Mira quién fue a hablar! ¡Será animal! —exclamó—. ¡Como si no supiera por qué! ¡Como si no supiera que tuve que casarme con él porque me violó!

Aquello me dolió un poco. Siempre decía que yo la había violado, y eso me sentaba mal. La verdad es que no podía contradecirla cuando afirmaba que yo era un idiota abúlico,

porque a lo mejor no soy muy listo —¿quién quiere un sheriff listo?—, y creo que me conviene más dar la espalda a los problemas que hacerles frente. Lo que quiero decir, qué narices, es que ya nos metemos en muchos líos por nuestra cuenta sin ayuda de nadie.

Pero cuando decía que yo era un violador, era otra cosa. Quiero decir que no era cierto. Además, no tenía sentido.

¿Por qué iba a violar a una mujer un tipo como yo, al que le sobraban las tías?

—Mira, voy a decirte algo de eso de la violación —le dije, ruborizándome un poco, mientras me abotonaba la camisa—. No digo que seas una mentirosa porque no sería educado por mi parte, pero entienda una cosa, señora: si me gustaran las embusteras, ya te habría matado a polvos.

Bueno, aquello la puso fatal. Empezó a llorar y a desgañitarse, gritando como un becerro en una tormenta de granizo. Evidentemente, despertó a su hermano Lennie, el cretino, que entró como una tromba, llorando, parpadeando y babeando.

—¿Qué le has hecho a Myra? —preguntó rociando de saliva un área de tres metros—. ¿Qué te has atrevido a hacerle, Nick?

No contesté porque estaba ocupado en limpiarme sus babas. Fue dando tumbos hasta Myra, que lo abrazó y se me quedó mirando.

—¡Animal! ¡Mira lo que has hecho! —vociferó ella.

Dije, maldita sea, que no había hecho nada, que Lennie siempre estaba a punto para berrear y babear.

—Y cuando no lo está —añadí— es porque anda merodeando por el pueblo para espiar a alguna mujer por la ventana.

—¡Qué mala leche! —exclamó Myra—. ¡Acusar al pobre Lennie de algo que no puede evitar! Sabes que es tan inocente como un cordero.

—Puede ser —dije.

Tema zanjado. Además, se me iba a escapar el tren. Me dirigí al recibidor, pero a ella no le gustó verme marchar sin ni siquiera una súplica de perdón, de manera que se revolvió contra mí.

—Será mejor que mires lo que haces, Nick Corey. ¿Sabes qué pasará si no lo haces?

Me detuve y me di media vuelta.

—¿Qué pasará?

—Les diré a los del pueblo lo que eres en realidad. ¡Veremos cuánto duras de sheriff cuando les diga a todos que me violaste!

—Te diré lo que pasará exactamente —respondí—: Me quedaré sin empleo antes de que pueda abrir la boca.

—¡Efectivamente! ¡Será mejor que no lo olvides!

—No lo olvidaré, aunque tú tienes que recordar otra cosa: si dejo de ser sheriff, ya no tendré nada que perder, ¿no te parece?, y todo me importará una mierda. Además, si yo no soy el sheriff, tú tampoco serás la mujer del sheriff, y ¿adónde hostias iréis a parar tú y el cretino de tu hermano?

Abrió los ojos como platos y tragó aire a bocanadas.

Hacía tiempo que no le levantaba la voz, y los humos se le bajaron rápidamente.

Le dediqué un significativo gesto con la cabeza y acto seguido salí por la puerta. Bajaba ya la escalera cuando oí que me llamaba.

Había reaccionado deprisa. Llevaba puesta una bata e intentaba esbozar una sonrisa.

—Nick —dijo inclinando la cabeza—, ¿por qué no te quedas un ratito, eh?

—No sé. No estoy de humor.

—Bueno, a lo mejor yo te hago recuperar el humor, ¿eh?

Dije que no sabía. Tenía que coger un tren y quería comer algo antes.

—No... —dijo un tanto nerviosa—, no irás a cometer una locura, ¿verdad?, solo porque estés enfadado conmigo.

—No, no voy a hacer nada —contesté—. No más de lo que tú harías, Myra.

—Bueno. Que lo pases bien, cariño.

—Lo mismo digo, señora.

Terminé de bajar la escalera, crucé el Palacio de Justicia propiamente dicho y salí por la puerta principal.

Estuve a punto de darme un cabezazo al salir a la luz neblinosa de las primeras horas de la mañana. Estaban pintando la maldita fachada y los pintores se habían dejado las escaleras y las latas por todas partes. Ya en la acera, me volví para comprobar los progresos. Me pareció que no habían hecho casi nada en dos o tres días. Aún estaban en el último piso, pero no era asunto de mi incumbencia.

Yo solito podría haber pintado el edificio entero en tres días, pero ni recaudaba los fondos del condado ni el pintor contratado era cuñado mío.

Cerca de la estación había una freiduría que regentaban unos negros y me detuve allí a comerme un plato de pescado frito con pan de centeno. Estaba demasiado fastidiado para meterme un buen desayuno, demasiado obcecado con mis preocupaciones. Así que me lo zampé todo y pedí otra ración con una taza de achicoria para llevar.

Llegó el tren y subí. Me senté junto a la ventanilla y me puse a comer. Pensaba que aquella mañana había puesto en su sitio a Myra y que en adelante iba a estar más suave conmigo.

Pero sabía que me engañaba.

Habíamos tenido enfrentamientos parecidos muchas veces. Me amenazaba con lo que iba a hacerme, y yo le recordaba que tenía mucho que perder si lo hacía. Luego mejoraban las cosas durante un tiempo, aunque no del todo. No cambiaba nada de lo que realmente importaba.

Y no era, fijaos bien en lo que os digo, porque no fuéramos complementarios.

Era muy echada para adelante, pero cuando las cosas se ponían feas, entendía que yo reculaba.

Por supuesto, sabía que si me hacía perder el empleo se perdería a sí misma. Tendría que dejar la ciudad con aquel desgraciado que tenía por hermano, y lo más seguro es que

pasara mucho tiempo antes de que pudiera divertirse tanto como conmigo. Probablemente nunca se divertiría tanto.

Pero podía defenderse.

Acabaría consiguiendo cualquier cosa.

En cambio, yo...

Lo único que había hecho en mi vida era trabajar de sheriff. Era todo lo que podía hacer, que no es sino otra forma de decir que todo cuanto podía hacer se reducía a cero. Si dejaba de ser sheriff, no tendría ni sería nada.

Era duro aceptar que no fuera más que una nulidad que no hacía nada. A esta preocupación se sumaba otra: que pudiera perder el empleo sin que Myra dijese o hiciese nada.

Últimamente había empezado a sospechar que la gente no estaba del todo satisfecha conmigo, que esperaba que hiciera algo más que sonreír, bromear y mirar a otra parte. Y, la verdad, no sabía qué hacer al respecto.

El tren tomó una curva y siguió el curso del río durante un trecho. Estirando el cuello, pude ver los cobertizos sin pintar de la casa de putas del pueblo y a dos individuos — dos chulos— tumbados en el pequeño muelle que había delante del local. Aquellos dos macarras me habían causado muchos problemas, un montón. La semana anterior, sin ir más lejos, me habían empujado, presuntamente de forma accidental, y me había caído al agua, y unos días antes me habían tirado de boca en el barro, según decían, sin mala intención. Lo peor de todo era la forma que tenían de dirigirse a mí, poniéndome

motes, gastándome bromas ordinarias y sin guardarme el respeto que lógicamente se espera que los macarras le tengan a un sheriff, aunque este les saque un poco de dinero.

Decidí que tenía que hacer algo con aquellos dos macarras. Algo efectivo.

Acabé de comer y fui al lavabo de hombres. Me lavé las manos y la cara, saludando con un gesto al tipo que estaba sentado en el largo banco tapizado en cuero.

Llevaba un traje de corte clásico, a cuadros blancos y negros. Calzaba botines con polainas y se cubría con un sombrero de hongo blanco. Me observó con detenimiento y sus ojos se detuvieron un momento en la cartuchera y la pistola que llevaba yo. No sonrió ni dijo nada.

Señalé el periódico que leía el individuo.

—¿Qué le parecen los bolcheviques esos? —le pregunté—. ¿Cree usted que derrocarán al zar?

Gruñó, pero siguió sin decir nada. Me senté a su lado en el banco, bastante cerca.

La verdad es que yo quería echar una meada, pero no estaba seguro de si debía entrar en el retrete o no. La puerta no estaba cerrada y daba bandazos según el movimiento del tren, o sea que debía de estar desocupado. Sin embargo, el tipo seguía allí y quizá quería hacer lo mismo que yo. Así que, aunque estuviera libre, no habría sido muy educado por mi parte colarme.

Esperé un rato. Esperé, removiéndome y retorciéndome, hasta que ya no pude más.

—Perdón —dije—. ¿Espera para entrar en el retrete?

Pareció sobresaltarse. Me dirigió una mirada grosera y habló por primera vez.

—¿Le importa mucho?

—Claro que no. Lo que pasa es que quiero entrar y pensaba que usted iba a hacer lo mismo. Vamos, que creía que había alguien dentro y que usted estaba esperando.

Miró la batiente puerta del retrete; de una sacudida, se abrió lo suficiente para ver la taza. Después clavó los ojos en mí, entre perplejo y molesto.

—¡Por el amor de Dios! —dijo.

—¡Vaya! No me había dado cuenta de que no había nadie dentro.

No me imaginaba que me respondería después de un minuto, pero lo hizo pasado ese tiempo.

—Sí —dijo—, el retrete estaba ocupado. Por una mujer desnuda a lomos de un potro moteado.

—¡Oh! —exclamé—. ¿Cómo se ha atrevido esa mujer a utilizar el lavabo de caballeros?

—Por el potro —dijo—. También tenía que mear el animal.

—Pues desde aquí no veo a ninguno de los dos —contesté—. Es curioso que no pueda verlos en un lugar tan pequeño.

—¿Me está llamando embustero? ¿Dice que no hay una mujer desnuda en un potro moteado ahí dentro?

Respondí que no, por supuesto que no. En ningún momento había dicho yo eso.

—El caso es que me urge bastante —añadí—. Lo mejor

será que vaya a otro vagón.

—¡Ni lo sueñe! Nadie me llama embustero y se marcha tan campante.

—Yo no... No he querido decir lo que insinúa. Yo solo...

—¡Se va a enterar! ¡Le voy a enseñar quién dice la verdad! Se va a quedar usted ahí hasta que salgan la mujer y el potro.

—Pero ¡tengo que mear! —exclamé—. Vamos, que tengo muchas ganas, señor.

—Pues usted no se mueve de aquí —replicó—. No hasta que vea que digo la verdad.

Bien, señor, el caso es que yo no sabía qué hacer. No lo sabía. Puede que vosotros lo supierais, pero yo no.

Durante toda mi vida me he comportado tan amable y educadamente como se puede comportar un hombre. Siempre he creído que si un tipo era simpático con los demás..., en fin, que los demás serían simpáticos con el tipo. Pero no siempre resultaba así. Al parecer, la mayoría de las veces las cosas llegaban al punto en que me encontraba en aquel momento, y yo no sabía qué hacer.

Cuando ya estaba a punto de cabrearme, entró el revisor para pedirnos los billetes y pude salir. Me fui de allí tan deprisa que no tardé nada en llegar a la puerta que daba al vagón contiguo. Entonces oí una explosión de carcajadas procedentes del departamento que acababa de abandonar. Se reían de mí, supuse, el revisor y el hombre del traje a cuadros. Pero estoy acostumbrado a que se rían de mí y,

además, en aquel momento tenía otras cosas en que pensar.

Así que crucé el vagón contiguo y oriné. Creedme, fue un alivio. Volví por el pasillo en busca de un asiento para no tener que encontrarme otra vez con el tipo del traje a cuadros, cuando vi a Amy Mason.

Estaba segurísimo de que ella también me había visto, pero fingió que no. Vacilé durante un minuto junto al asiento vacío que estaba a su lado. Finalmente me crucé de brazos y me senté.

No lo sabe nadie en Potts County porque procuramos mantenerlo en secreto, pero Amy y yo fuimos muy íntimos en otro tiempo. El caso es que nos habríamos casado de no ser porque su padre me puso tantas pegas. Esperamos y esperamos a que el anciano caballero se muriera, pero una semana más o menos antes de que ocurriera, Myra me enganchó.

Desde entonces no había visto a Amy más que un par de veces en la calle. Quería decirle que lo sentía e intentar darle una explicación, pero ella no me había dado ninguna oportunidad. Si hacía ademán de detenerla, cruzaba a la otra acera.

—Hola, Amy —dije—. Bonita mañana.

La boca se le tensó un poco, pero no dijo nada.

—Qué agradable casualidad encontrarte aquí —dije—. ¿Adónde vas, si no es indiscreción?

Esta vez respondió. Lo justo.

—A Clarkton. Me bajo enseguida.

—Me habría gustado que fueses más lejos —dije—. He buscado muchas veces la oportunidad de hablar contigo, Amy. Quería explicarte ciertas cosas.

—¿De verdad? —Me miró de soslayo—. A mí me parece que sobran las explicaciones.

—No, no —dije—. Sabes que nadie me gustaba más que tú, Amy. Nunca he querido casarme con nadie que no fueras tú, esa es la verdad. Te lo juro. Te lo juraría sobre un montón de biblias, querida.

Parpadeó de prisa, como solía hacer para contener las lágrimas. Le cogí la mano, se la apreté y vi que le temblaban los labios.

—En... entonces, ¿por qué lo hiciste, Nick? ¿Por qué tú...?

—Eso es precisamente lo que quería contarte. Lo que pasa es que es muy largo, y... mira, guapa, ¿por qué no me dejas que baje en Clarkton contigo, nos metemos en un hotel un par de horas y...?

Eso era precisamente lo que no tenía que haber dicho, lo menos indicado en aquel momento.

Amy se puso pálida. Me dirigió una mirada fría como el hielo.

—¿Es eso lo que piensas de mí? —preguntó—. ¿Es eso lo único que quieres... lo único que has querido? Casarte conmigo, no. ¡Oh, por supuesto que no! No me querías para el matrimonio. Solo para llevarme a la cama y...

—Por favor, cariño, yo...

—¡No intentes engatusarme, Nick Corey!

—Pero si no estaba pensando en eso... en lo que tú creías

que yo pensaba —dije—. Lo que pasa es que me llevaría mucho rato explicarte lo que ocurrió entre Myra y yo, y he supuesto que necesitaríamos un lugar tranquilo para...

—Ni lo sueñes. ¿Comprendes? Ni lo sueñes. Ya no me interesan tus explicaciones.

—Por favor, Amy. Déjame por lo menos...

—Le diré una cosa, señor Nicholas Corey, y será mejor que se lo comunique a quien corresponda: como vuelva a pillar al hermano de tu mujer espiándome por la ventana, va a haber jaleo. Jaleo del bueno. No voy a callarme como las demás mujeres de Potts County. Así que díselo a tu esposa. A buen entendedor, pocas palabras bastan.

Le dije que esperaba que no hiciera nada de eso. Por su propio bien, claro.

—No me gusta Lennie más que a ti, pero Myra...

—¡Ya te lo he advertido! —Sacudió la cabeza y se levantó cuando el tren reducía la velocidad al aproximarse a Clarkton—. ¿Crees que esa me da miedo?

—Bueno —dije—, quizá tendría que dártelo. Ya sabes cómo es Myra cuando la toma con alguien. Empieza a chismorrear y a contar mentiras, ya sabes...

—Déjame pasar, por favor.

Me empujó para abrirse camino y salió al pasillo con la cabeza erguida, mientras la pluma de avestruz de su sombrero se sacudía y se balanceaba. Cuando el tren volvió a ponerse en marcha, quise decirle adiós con la mano, pero ella, aún en el andén, volvió la cabeza inmediatamente,

dando otra sacudida a la pluma de avestruz, y echó a andar hacia la calle.

Eso fue todo, y me dije que quizá no había estado tan mal, porque ¿cómo podríamos haber aclarado nada tal y como estaban las cosas entre nosotros?

Myra existía, y el problema seguiría existiendo hasta que Myra o yo muriéramos de viejos. Aunque Myra no era el único inconveniente.

Yo tenía una amiguita, una mujer casada llamada Rose Hauck, uno de esos líos en que acostumbro a meterme sin darme cuenta. Rose me importaba un rábano, aunque era terriblemente guapa y generosa. Pero yo significaba mucho para ella. Mucho, mucho. Cantidad, y me lo demostraba.

Para que os deis cuenta de lo lista que era Rose, Myra la consideraba su mejor amiga. Sí, señor, Rose lo había conseguido. Cuando estábamos solos, quiero decir Rose y yo, echaba pestes de Myra hasta que me sacaba los colores, pero cuando las dos se juntaban, ¡ay, amigo!, Rose la agasajaba, la llenaba de elogios y se la metía en el bolsillo. Myra estaba tan complacida y embobada que casi lloraba de alegría.

La forma más segura de picar a Myra era insinuar que Rose no era del todo perfecta. Ni siquiera Lennie se salvaba. Una vez se le ocurrió decir que una mujer tan guapa como Rose no podía ser tan simpática como aparentaba. Myra lo sacó a guantazos de la habitación.

3

No sé si ya os lo he dicho, pero Ken Lacey, el tipo al que iba a visitar, era el sheriff de un par de condados río abajo. Nos conocimos en una convención de funcionarios jurídicos celebrada hace años, y el caso es que congeniamos. No solo era un buen amigo, sino que además era muy listo; lo supe en cuanto empecé a hablar con él. De modo que, en la primera ocasión que se presentó, le pedí consejo sobre un problema que tenía.

—Mmmm —dijo cuando le hube explicado la situación y después de pensarlo un rato—. Veamos. Las letrinas se encuentran en una propiedad comunal, ¿no? Detrás del Palacio de Justicia, ¿me equivoco?

—Exacto —dije—. Exactamente como dices, Ken.

—Y solo te molestan a ti, ¿no es así?

—Efectivamente. El juzgado está al final de la planta baja y no tiene ventanas que den atrás. Las ventanas están arriba, en el segundo piso, que es donde yo vivo.

Ken me preguntó si podía conseguir que las autoridades del condado derribasen las letrinas. Le contesté que no, que era muy difícil. Al fin y al cabo, las utilizaba mucha gente.

—¿No podrías hacer que las limpiasen? —preguntó—. ¿Que las desinfectasen un poco con unos cuantos barriles de cal?

—¿Por qué iban a hacerlo? —dije—. Si solo me molestan a mí. Lo más probable es que se me echen encima en cuanto me queje.

—Ya, ya. —Ken asintió—. Parece que solo sea cosa tuya.

—Pero tengo que hacer algo, Ken —insistí—. No es solo el olor que despiden cuando hace calor, lo que ya es bastante insoportable, sino todo lo demás. Están también esos cochinos boquetes en el techo que dejan el interior al descubierto. Suponte que recibo visitas y que piensan: «Caramba, qué vista tan maravillosa». Se asoman a la ventana y la panorámica de la que disfrutan es la de cualquier tío haciendo sus necesidades.

Ken dijo «Ya, ya» otra vez, carraspeó y se pasó la mano por la boca. Luego la abrió para decir que era un problema, un verdadero problema.

—No entiendo cómo se puede molestar a un sheriff como tú, Nick, con todas las preocupaciones que conlleva tu importante cargo.

—Tienes que ayudarme, Ken. Tengo la picha hecha un lío.

—Te ayudaré —asintió Ken—. Nunca he dejado en la estacada a ningún colega de profesión y no voy a hacerlo ahora.

Me dijo lo que tenía que hacer y lo hice. Aquella misma noche me colé en los retretes públicos y aflojé un clavo aquí, otro allá, al tiempo que removía un poco los tablones del suelo. A la mañana siguiente me levanté temprano, preparado para entrar en acción cuando llegara el momento oportuno.

El tipo que más frecuentaba aquel servicio público era el señor J. S. Dinwiddie, el director del banco. Entraba antes de ir a su casa a comer y al volver del almuerzo, al irse a su casa por la noche y cuando volvía al trabajo por la mañana. A veces pasaba de largo, pero nunca por las mañanas. Cuando la salsa y los menudillos le empezaban a hacer efecto, ya estaba lejos de casa y tenía el tiempo justo para entrar corriendo en los retretes.

La mañana siguiente a la noche de los estropicios lo vi entrar: un tiarrón gordo, con cuello de camisa blanco y ancho y un traje de velarte recién estrenado. Los tablonces del suelo cedieron y el fulano cayó con ellos en el pozo.

Más exactamente, en un pozo de mierda acumulada durante treinta años.

Por supuesto, corrí en su ayuda casi al segundo del incidente. No sufrió ningún daño, aunque quedó totalmente embadurnado. En mi vida he visto a un tipo más cabreado.

Daba saltos, se movía arriba y abajo, de lado, agitaba los puños, sacudía los brazos y gritaba cosas muy feas. Quise echarle un poco de agua para quitarle lo más negro de la porquería, pero como no paraba de brincar y retorcerse, fue poco lo que pude hacer. Le tiraba el agua cuando estaba en un sitio, pero cuando el agua llegaba, el tío ya estaba en otra parte. ¡Y soltaba cada taco! Nunca había oído cosa igual, ¡y eso que ayudaba en la iglesia!

Las autoridades del condado y algunos funcionarios llegaron enseguida, todos muy nerviosos al ver al ciudadano más importante del lugar de aquella guisa. El